

como todos sabemos, que los monarcas españoles dictaran providencias, decretos y leyes protectoras, que reprimieron, o al menos, suavizaron, los propósitos esclavistas que preveían en la Nueva España y que culminaron con la supresión definitiva de las encomiendas. Todo eso le valió a de las Casas mercedamente el eminente título de «Gran protector de los indios de América». Desde entonces su nombre es venerado y bendecido en todos los confines del Nuevo Mundo... Pues bien, a más de 200 años de ese célebre debate cuando pensábamos que habían quedado superadas todas las teorías racistas y jerarquizantes; cuando creíamos que la amorosa doctrina del cristianismo había logrado penetrar, por fin, en el alma de todos los mortales, y nos lisonjeábamos de que nuestra civilización se encaminaba por los luminosos caminos del más puro y racional humanismo, surgió de pronto una turba increíble de escritores modernos que aviesamente se propusieron ofuscar la verdad refiriendo cosas del Nuevo Continente que las supieron de fuentes indirectas e inconfiables. Lo más grave es que con esa precaria información se atrevieron, desde la soberbia estrechez de su gabinete, a enjuiciar y dictar sentencia sobre aspectos completamente desconocidos para ellos. Con ese motivo, y para evitar la fastidiosa y reprensible ociosidad a que me hallaba condenado desde que fuimos expulsados de México todos los jesuitas en 1767; para servir, además, del mejor modo posible a mi patria, y para restituir, en todo su esplendor la verdad perturbada por esos pseudo-filósofos de la modernidad, desde mi confinamiento voluntario en Bolonia, Italia, escribí un libro titulado «Historia Antigua de México» donde rebato fundadamente todas sus falacias. En esta obra me propuse como principal objetivo: la verdad. Enemigo, como soy, de todo engaño, mentira y afectación, me parece que la verdad es tanto más hermosa cuanto está más desnuda. En suma, al escribirla tuve presente las dos santas leyes de la historia: no atreverse a decir mentira, ni temer decir la verdad, y creo que no las he quebrantado. Defiendo en ese libro, apasionadamente a los indios de mi patria porque desde mis años tiernos, allá en mi natal Veracruz, tuve contacto cercano con ellos y aprendí a su lado las lenguas vernáculas, señaladamente la náhuatl, la otomí y la mixteca. Por eso comprendo mejor el alma indígena, y se subleva mi espíritu cuando los hacen víctimas de opiniones mendaces que pueden disuadir a los incautos y formarse un juicio erróneo de los animales y los hombres de América. Porque ¿cuántos al leer, por ejemplo, la obra de Corneille de Pauw titulada «Investigaciones filosóficas sobre los americanos» no se llenan las cabezas de mil ideas indecentes y contrarias a la verdad? El señor de Pauw era considerado en 1768 cuando escribió ese libro, un filósofo moderno y erudito en ciertas materias en las que sería mejor que fuese ignorante, o al menos que no hablase; sazona sus discursos con bufonadas y maledicencias, poniendo en ridículo cuanto hay de respetable en la Iglesia de Dios, y mordiendo a cuantos se enfrentan a sus «Investigaciones», sin respeto a la verdad ni a la buena fe. Su falacia, el desprecio con que habla de los padres más venerados de la Iglesia, la burla que hace de los pontífices romanos, de los soberanos, de las órdenes religiosas y sobre todo, el poco aprecio por los libros sagrados, en lugar de disminuir su autoridad parecen aumentarla, en un siglo en que se han publicado más errores que en todos los siglos pasados; en un siglo en que se escribe con libertad, se miente con desvergüenza y no es apreciado el que no es filósofo, ni se reputa como tal el que no se burla de la religión y toma el

lenguaje de la impiedad . . . De Pauw quiere, en ese malhadado libro, persuadir al mundo que en América la naturaleza ha degenerado completamente a las plantas, los animales y a los hombres. Afirma, falazmente, que la tierra es sombría por las altas montañas, y que las llanuras están anegadas con aguas muertas, pantanosas y dañinas, o cubierta de vastos bosques, tan espesos que no penetran nunca los rayos del sol, generalmente estéril y más abundante en plantas venenosas que el resto del mundo; que el aire es malsano; el clima contrario a la fecunda generación de los animales; que por eso allí son más pequeños, más deformes y más estúpidos que los del Antiguo Mundo; y que tanto los animales, como las plantas trasladadas de Europa a América se degeneran inmediatamente. Dice, además, que los hombres apenas se diferencian de las bestias, si no es en la figura; pero que aún en ésta se descubren muchas señales de su degeneración: el color trigueño, la cabeza muy dura, armada de muy gruesos cabellos y todo el cuerpo privado completamente de pelo. Son brutos y débiles - sigue diciendo- y están sujetos a muchas enfermedades extravagantes causadas por el clima insalubre. Pero aún siendo así sus cuerpos, todavía son más imperfectas sus almas. -Y continúa la calumnia- carecen de memoria, al punto que hoy no recuerdan lo que hicieron ayer. No saben reflexionar, ni ordenar sus ideas, ni son capaces de mejorarlas, ni aún de pensar porque en sus cerebros sólo circulan humores gruesos y viscosos. Que su voluntad es insensible a los estímulos del amor y de cualquier pasión ¡Qué barbaridad! ¡Cuánta mentira! - Y sigue diciendo todavía más- que su pereza los tiene sumergidos en la vida salvaje y su cobardía se había manifestado en la Conquista. Que la embriaguez, la mentira y la sodomía eran comunes en esas tierras. Que vivían sin leyes, y que en todo el Nuevo Mundo no había más que dos ciudades: Cuzco en la América meridional y México en la septentrional y estas dos no eran más que dos miserables aldeas.

Este es un ligero bosquejo del monstruoso retrato que Pauw hace de la América. No lo expongo enteramente y omito los que han hecho otros autores mal informados, porque no tengo paciencia para tratar tantos despropósitos; además, la réplica sería muy voluminosa, porque para escribir un error o una mentira bastan dos líneas, pero para impugnarla se necesitarían tal vez dos páginas. Entonces, ¿Cuánto tiempo sería menester en un discurso para refutar tantos centenares de falacias?

Escogí la obra de Pauw porque como en una cloaca o albañal ha recogido todas las inmundicias, esto es, los errores de todos los demás. Ahora bien, si parecen, a veces, un poco fuertes mis expresiones, es porque no hay que usar dulzura con un hombre que injuria a todo el Nuevo Mundo y a las personas más respetables del Antiguo . . . Pero aunque la obra de Pauw sea el principal blanco de mis «tiros» tendré que hacerlo también con otros autores, como Georges de Buffon, Guillermo Raynal, y William Robertson quienes también hicieron horribles e injustas descripciones de América, al grado de que quienes las leyeron quedarían persuadidos o de que el furor y la rabia han armado sus plumas y sus lenguas o de que verdaderamente es una tierra maldita, destinada por el cielo a la condenación definitiva.

En efecto, si damos crédito a Buffon, en su obra Historia Natural dijo que la América era un país enteramente nuevo, apenas salido de bajo las aguas que lo habían

anegado eternamente; es decir, un continuo pantano en sus llanuras; una tierra inculta y cubierta de bosques o embarazado por montañas inaccesibles que no dejaban más que pequeños espacios para el cultivo; tierra infeliz, bajo un cielo avaro, más apto para las víboras y los pájaros, que para los mamíferos, en el que todos los animales eran pequeños, deformes, débiles y privados de armas para su defensa y en donde los hombres permanecían niños toda la vida.

Como puede verse tanto Pauw como Buffon apoyaron sus versiones en la suposición de una inundación general diversa de la que hubo en tiempo de Noé, pero mucho más reciente, por cuya causa quedó mucho tiempo bajo del agua. De esa inundación derivaba Buffon la malignidad del clima de América, la esterilidad del terreno, la imperfección de los animales, y la extraordinaria multiplicación de los insectos, la infecundidad de las mujeres, la abundancia de leche en los pechos de los hombres, la estupidez de los americanos y de otros mil fenómenos extraordinarios que Pauw desde su gabinete en Berlín creyó observar mejor que nosotros que nacimos y pasamos la mayor parte de nuestra vida en América. Pero toda esta teoría carece de fundamento porque la pretendida inundación general del nuevo continente fue una quimera, pues como les pasa a todos aquellos pusilánimes que quieren descifrar verdades apoyados en fuentes indirectas, ellos creyeron que la inundación a que se refería el padre José de Acosta en su Historia Natural y Moral de las Indias escrita en 1589, que fue la única fuente que consultaron, era distinta al diluvio universal de Noé, siendo que él nunca afirmó eso. Lo que debe haber sucedido es que las lagunas pantanosas que les parecen a ellos señales de inundación, en realidad son los efectos necesarios de los grandes ríos y abundantísimas lluvias que hay en América. Por ejemplo, las cinco principales lagunas de la Nueva España, o sean las de Texcoco, Chalco, Cuitzeo, Pátzcuaro y Chapala, si se hubieran formado por la inundación que suponen Pauw y Buffon, ya se hubieran desecado por efectos de la evaporación o al menos se hubieran disminuido. ¡Ojalá las hubieran visto ellos, como las vi yo un poco antes de mi destierro! sobre todo las últimas tres; en vez de aguas pantanosas, eran aguas cristalinas como espejos que reflejaban la exuberante belleza del paisaje lindante.

Esos mismos filósofos, al hablar de los animales de América dijeron que tienen una figura extravagante, que sus miembros estaban desproporcionados y mal unidos, y algunos, como los hormigueros y los perezosos, eran de una naturaleza tan miserable, que apenas tenían la facultad de moverse y de comer; que a la mayor parte de las especies les faltaba la cola y tenían muchas irregularidades en las manos; señalaban como ejemplo a las avestruces, diciendo que en el Viejo Continente no tienen más que dos dedos unidos con una membrana, mientras que en América tenían cuatro dedos.

De ninguna manera Pauw nos podría convencer de la irregularidad de la avestruz americana por el hecho de tener cuatro dedos separados, en lugar de dos como las africanas, porque nosotros podríamos decirle que en todo caso es ésta la irregular por tener tan sólo dos dedos unidos por una membrana, en lugar de cuatro separados. Ante eso, seguramente Pauw replicaría colérico, «¡No es así, la irregularidad está en las avestruces americanas! porque no se conforman con las

del Mundo Antiguo que son los ejemplares de la especie». Entonces nosotros le responderíamos que los del Viejo Continente llamaban «nuevo» al nuestro porque hasta hace tres siglos lo conocieron, pero es tan antiguo como el de ellos y nuestros animales son igualmente coetáneos de los de ellos y no tienen ninguna obligación de ser iguales a aquéllos; de tal suerte que, o son irregulares sus avestruces porque no son iguales a las nuestras, o al menos, no tienen porque ser irregulares las nuestras porque no son iguales a las de ellos, y hasta que no nos demuestren que las primeras avestruces que salieron de las manos del Creador tenían sólo dos dedos unidos por una membrana, no aceptaremos de ninguna manera la irregularidad de las nuestras. Y estas mismas razones pueden aplicarse en otras similares controversias.

En cuanto a la afirmación que hacen de que debido al malsano clima de América los animales se han degenerado y la mayor parte de ellos han perdido la cola, en verdad, nos da tristeza que tan célebres filósofos del siglo ilustrado pierdan el tiempo en cosas tan triviales y que sin ningún respeto a la verdad hagan aseveraciones tan atrevidas, como falsas, que llaman a la risa, cuando no a la burla, ya que en la «Historia» escrita por el propio Buffon consta que son más las especies de cuadrúpedos sin cola en el Antiguo Continente que en América; además, en la misma obra del citado autor hace referencia que algunas especies, entre ellas las ardillas, marmotas, algunas especies de monos, venados, etc. tiene la cola más larga en América que en cualquier otra parte. Yo particularmente no creo que la cola sea un signo determinante de grandeza o jerarquía, ni siquiera de belleza, por ejemplo: En el caballo es perfección tener la cola grande, en el venado tenerla pequeña y en el Pongo, o mono malayo carecer enteramente de ella.

En lo referente a la desfiguración de los animales de América, desafío a nuestros críticos filósofos a que me encuentren en el Nuevo Mundo animales más desproporcionados que el elefante, la jirafa y el camello, con una o con dos jorobas.

Ahora bien, si en la censura a la estatura, figura y pretendida irregularidad de los animales americanos Pauw fue encarnizado, no ha sido más indulgente con los hombres; si los animales le parecieron más pequeños que los de Europa, los hombres también; si en los animales notó la falta de cola, en los hombres censura la falta de pelo, es decir, la lampiñez. Si en los animales encontró deformidades notables, en los hombres vitupera el color y las facciones. Si afirmó que los animales del Nuevo Continente eran menos fuerte que los del viejo, lo mismo piensa de los hombres.

Por supuesto yo discrepé de semejantes opiniones, porque es falso que los indios sean más pequeños que los europeos. Los apaches, los yaquis, los pimas y cochinas, son tan altos como los más altos europeos, y en ninguna parte del Nuevo Mundo existe un pueblo de tan pequeña estatura como los lapones, samoyanos y tártaros septentrionales del Viejo Continente. Del color moreno de su piel no se puede formar ningún argumento contra el Nuevo Mundo, porque está menos distante del blanco sajón, que del negro africano y de gran parte de los asiáticos. En cuanto al cabello de los mexicanos, efectivamente es grueso y espeso, escaso en la cara y ausente

en las piernas y brazos, pero es un error decir como Pauw que carecen de pelo en todas las partes de su cuerpo. Este es uno de los argumentos en que no podrán contener la risa los mexicanos y demás naciones americanas viendo a un filósofo europeo empeñado en despojarlos de aquello que han recibido de la naturaleza. Por lo que se refiere a la pretendida debilidad de los indios, esto es tan falso como todo lo demás. Desde muy corta edad los acostumbraban a caminar y correr con gran velocidad; es más, desde que empezaban a andar los niños, los sujetaban al ejercicio de cargar objetos sobre su espalda y a las niñas, sobre la cabeza, pues consideraban esta actividad como algo muy importante durante su vida, ya que al carecer de bestias de carga, tenían que ser muy vigorosos para transportar enormes pesos de un lugar a otro. Pero, además, ellos aprendían a cortar y acarrear de los bosques toda la madera necesaria; ellos cortaban, acarreaban y labraban las piedras y los que hacían la cal, el yeso y los ladrillos. Ellos construyeron todos los edificios de aquel reino; ellos abrieron y arreglaron los caminos, los que hicieron los canales, diques y la limpieza de las ciudades. Ellos hicieron producir las minas de oro, plata, cobre y demás metales. Ellos fueron pastores, ganaderos, tejedores, loceros, panaderos, horneros, correos y cargadores. En una palabra ellos han llevado todo el peso de los trabajos comunales. Esto han hechos nuestros indios mientras en su apoltronado gabinete en Berlín, Pauw y otros infatigables filósofos se ocupan en escribir calumnias e invectivas en contra de ellos acerca de su supuesta debilidad, inutilidad y gandería. Por otra parte, su longevidad es sorprendente, pues cuando las excesivas fatigas que les imponen los europeos, o las enfermedades epidémicas que les han exportado no anticipan su muerte, hay no pocos indios que llegan a los ochenta, noventa y cien años, sin observarse en ellos aquel estrago que causa comúnmente el tiempo en los cabellos, dientes, piel y músculos del cuerpo humano. Este fenómeno, tan admirado por los españoles, no puede atribuirse sino a una sana herencia genética, a una buena complexión física, a su sobriedad en la comida, a buenos hábitos de vida y a la salubridad del clima. En cambio hay algunos lugares del Viejo Continente donde comúnmente la vejez comienza a los cuarenta años y el que llega a los sesenta es mirado con asombro.

Hasta aquí he señalado todas las barbaridades de Pauw contra las características corporales de los americanos. Peores despropósitos ha dicho contra sus almas. Sobre esto -dijo- no haber podido encontrar en ellos sino una memoria tan débil que hoy no se acuerdan de lo que hicieron ayer, amén de un ingenio tan obtuso, que no son capaces de pensar ni ordenar sus ideas; una voluntad tan fría que no sienten los estímulos del amor, un ánimo opacado y un genio estúpido e indolente. Por su parte el Dr. Robertson, que adopta en gran parte las extravagantes opiniones de Pauw, en su «Historia de América», escrita años después de la de aquél, dijo entre otras cosas: Que algunos misioneros atónitos igualmente de la lentitud de comprensión de los indios y de su insensibilidad, los calificaron por una raza de hombres tan degenerada, que resultan incapaces de comprender los primeros rudimentos de la religión. Que por ese motivo un Concilio celebrado en Lima, Perú decretó que por razón de esa imbecilidad, los indios debían de ser excluidos de la Eucaristía y aunque el Papa Paulo III en su bula de 1537 los haya declarado criaturas racionales y capaces de todos los privilegios de los cristianos, después de dos

siglos de esa bula eran tan imperfectos sus progresos en el conocimiento, que poquísimos tenían el discernimiento intelectual necesario, para ser juzgados dignos de acercarse a la sagrada mesa, toda vez -seguía diciendo- que después de la más continua instrucción su creencia es tenida por débil y dudosa, a tal grado, que ningún indio se ha ordenado jamás de presbítero. Por lo pronto, en tan pocas expresiones existen cuatro errores monumentales, o sean: Primero: ¡No es cierto que un Concilio de Lima haya excluido a los indios del sacramento de la Eucaristía por imbecilidad! La verdad es que en una congregación de eclesiásticos celebrada en Lima en 1552 llamada Primer Concilio limense, aunque no fue concilio, ni tuvo jamás autoridad conciliar, se mandó que no se administrase la Eucaristía a los indios hasta que no estuviesen perfectamente instruidos y bien persuadido de las cosas de la fe, porque el Sacramento es comida de «perfectos», no porque ellos fueron considerados imbéciles. Para mayor prueba de mi aseveración señalo como testimonio la minuta o acta del Primer Concilio Provincial celebrado en Lima en 1567 en el cual se ordenó a los párrocos administrar este Sacramento a todos los indios que hallaren bien dispuestos, y en la que se ve que por los mismos motivos se negaba la Eucaristía a los indios de Africa. Es decir, las verdaderas causas de negarla era imputable a la negligencia o desidia de los párrocos que no habían preparado debidamente a los indios para recibirla.

El segundo error de Robertson está en su aseveración de que el Papa Paulo III en su bula declaró a los indios criaturas racionales. ¡Es falsa dicha afirmación! Es evidente que Robertson ignoraba la génesis de esa declaración papal cuando se atrevió a juzgarla. . . Esa bula fue el resultado de una denuncia del ilustrísimo fray Julián Garcés, obispo de Tlaxcala, que sabiendo que los españoles, a pesar de su perversidad, tenían gran respeto a las decisiones del vicario de Jesucristo, se dirigió en 1536 al Papa Paulo III por medio de su ahora famosa carta donde hacía de su conocimiento los males que sufrían los indios de parte de aquellos malvados cristianos, suplicándole interpusiese su autoridad. El Papa movido por tales representaciones expidió al año siguiente la bula original, que no fue hecha para declarar que los indios eran seres humanos, sino que, supuesta su racionalidad, ratificaba que como hombres que eran disfrutaban de todos los derechos humanos y por lo tanto era condenable cualquier pretensión de despojar a los americanos de sus tierras, propiedades o posesiones con el pretexto de que eran idólatras o incapaces de instrucción; asimismo, como consecuencia de esa declaración debía respetarse su libertad y su capacidad de recibir la religión de Cristo. A mayor abundamiento debemos recordar que mucho tiempo antes de que el Papa expidiese dicha bula, los Reyes Católicos habían recomendado que no se hiciese ningún daño a los indios en sus haberes o en su libertad. Con relación a esta famosa bula no puedo dejar de mencionar también una declaración que hizo Pauw en sus Investigaciones Filosóficas en donde se muestra no menos maledicente que enemigo de la verdad. «Al principio -dijo- no fueron reputados por hombres los americanos, sino mas bien sátiros o monos grandes que podían matarse sin remordimiento y sin reprehensión, más un Papa hizo una bula original en la cual declaró que, deseando fundar obispados en las provincias más ricas de América, le agradó a él y al Espíritu Santo reconocer por verdaderos hombres a los indios, porque así se extendía el

poder de la iglesia y del papado». Ante semejante barbaridad yo diría: ¡Dios quisiera que ni tampoco hubiera en el mundo otro ejemplar de calumnias e insolencias! porque Pauw creyendo conocer todo lo de la América debió saber, antes de opinar, que en los países del Nuevo Mundo sujetos a los españoles, no se han fundado nunca otros obispados que los que ha querido el rey católico. A él le toca, por el derecho de patronato que tiene en las iglesias americanas, autorizado desde 1508 por el Papa Julio II, la fundación de los obispados y la designación de los obispos; conque afirmar que Paulo III quiso reconocer por verdaderos hombres a los americanos para fundar obispados en las provincias más ricas del Nuevo Mundo es una temeraria calumnia de un enemigo de la Iglesia romana; por el contrario, si él no hubiese tenido obcecado el entendimiento por el odio, debería más bien alabar el celo y la humanidad que manifestó aquel Papa en la mencionada bula.

En cuanto al tercer error de Robertson, consistente en su afirmación de que sólo poquísimos indios poseen el discernimiento intelectual para ser dignos de acercarse a la sagrada mesa, debemos recordarle las cartas que enviaron a los reyes de España, fray Juan de Zumárraga, Pedro de Gante, Motolinía, Bartolomé de las Casas, fray Julián Garcés; así como el Padre Acosta en su Historia Natural y Moral. Todos ellos coincidieron en que los indios eran «de claros y vivos ingenios; muy dóciles y capaces de toda buena doctrina, aptísimos para recibir nuestra santa fe». Lo que no sabe Robertson es que todos los obispos y párrocos, no sólo admitían, sino también obligaban a los indios a comulgar, y estoy hablando de varios millones de ellos; a menos que al citado filósofo le parezcan «poquísimos».

No menos grosero y falaz es su cuarto error de que ningún indio se ha ordenado jamás de presbítero. Es de lamentar que un escritor que reunió una de las más grandes bibliotecas de escritores de América, haya sido, tanto en esto, como en otros puntos, tan mal informado. El III Concilio Provincial de 1585, que fue el más celebre de todos y cuyas decisiones están aún en vigor, permite que los indios se ordenen de presbíteros con tal que se tenga cuidado en admitirlos a las sagradas órdenes. Sobre este aspecto fray Juan de Torquemada, que escribió su «Monarquía Indiana» en los primeros años del siglo XVII, dice que solían no admitirse los indios en las ordenes religiosas, ni ordenarse de presbíteros por su mucha inclinación a la embriaguez; pero también testifica que en su tiempo algunos indios sacerdotes eran muy sobrios y ejemplares; de manera que hace los menos ciento sesenta años que comenzaron a ordenarse los indígenas. De entonces acá ha habido tantos sacerdotes americanos en Nueva España que podrían contarse por millares, entre los cuales hay centenares de párrocos, algunos canónigos y doctores, y hasta un obispo doctísimo: Juan de Merlo. Actualmente hay muchísimos presbíteros, no pocos párrocos, entre los cuales hay tres o cuatro de mis discípulos. Si en una cuestión como ésta erró tan groseramente Robertson ¿qué será de otra que no pueda averiguarse tan fácilmente por un autor que se atreve a escribir tan lejos de aquellos países sin haberlos visto jamás?

Yo, por el contrario, traté íntimamente a los indios de América; viví algunos años en un seminario destinado a su instrucción; vi la erección y los progresos del real colegio de Guadalupe, fundado en México por un jesuita mexicano para la educación de

niñas indias; tuve después algunos indios entre mis discípulos; trate a muchos párrocos entre ellos, a muchos nobles y a muchísimos artesanos; observé atentamente su carácter, genio, inclinaciones y modo de pensar, y, a más de esto he examinado con mucha diligencia su historia antigua, religión, gobierno, leyes y costumbres. Después de una experiencia tan grande y de un estudio tan prolijo, me propuse demostrar en mi «Historia Antigua de México», que las almas de los indios mexicanos nunca fueron inferiores a las de los europeos; que son capaces de todas las ciencias, aún las más abstractas, y que si se cuidara seriamente su educación, bajo buenos maestros y si se protegieran y alentaran con estímulos, surgirían, entre ellos, grandes filósofos, matemáticos y teólogos que podrían competir con los más famosos de Europa.

Pero es muy difícil, por no decir imposible, hacer progresos en las ciencias en medio de una vida miserable y servil y de continuas incomodidades. El que contemple el estado actual de Grecia no podría persuadirse que en ella hubiera habido antes aquéllos grandes hombres, si no estuviera asegurado así, por sus obras inmortales, y por el consentimiento de todos los siglos. Y eso que los obstáculos que tienen en el presente los griegos para hacerse doctos, no son comparables con los que siempre han tenido y siguen teniendo los americanos.

Con todo esto yo querría que Pauw y todos cuantos piensan como él, se hallasen presentes, sin ser observados, en los consejos o juntas que celebran en ciertos días los indios que tienen alguna apariencia de superioridad en sus pueblos para deliberar sobre los negocios que les atañen, y oyesen cómo arengan y discurren aquéllos a quienes ellos, peyorativamente llaman «sátiros del Nuevo Mundo» ¡Yo pienso que jamás han hecho menor honor a su razón los europeos, que cuando dudaron de la racionalidad de los americanos!

Finalmente, toda la historia antigua de los indios mexicanos da a conocer que saben pensar y ordenar sus ideas, que son sensibles a las pasiones de la humanidad, y que los europeos no han tenido otra ventaja sobre ellos que la de ser mejor instruidos. El gobierno político de los antiguos mexicanos, sus leyes, y artes demuestran evidentemente su buen ingenio. Sus guerras hacen ver que sus almas no son insensibles a los estímulos del amor, como piensan Buffon y Pauw, pues algunas veces tomaron las armas por intereses amorosos.

Yo pienso que con lo que queda dicho se ha demostrado que ni los animales, ni los hombres se han degenerado en América. Si Pauw hubiera venido al Nuevo Continente y aquí hubiera escrito el libro tantas veces mencionado, empezaríamos a sospechar que pudiera tener razón, pero como lo escribió en Berlín nos deja la convicción de que puede haber degeneraciones en cualquier parte.

Por lo que respecta al valor de los indios y dado que Pauw presenta la conquista de México como una prueba convincente de su cobardía, conviene iluminar su ignorancia o, más bien, convencer su mala fe. «Cortés -ha dicho perversamente Pauw- conquistó el imperio de los mexicanos con cuatrocientos cincuenta vagabundos y quince caballos mal armados; su miserable artillería consistía en

seis cañoncitos que en el presente no son capaces de causar miedo a un fortín defendido por inválidos. Además -añadió- todos los historiadores están de acuerdo que los españoles entraron la primera vez en México sin disparar un solo tiro de su artillería. Entonces ¿de dónde le surge a Hernando Cortés el título de «héroe» o la cuota de gloria que pretende? si arruinar una monarquía vacilante lo podría haber hecho cualquier asesino de nuestro continente sin títulos de «gran capitán».

Todo lo anteriormente dicho por Pauw en sus Investigaciones Filosóficas manifiesta que ignoraba la Historia de la Conquista de México, o, lo que es más verosímil, que maliciosamente calla lo que saben todos los que la han leído; o sea, que la conquista de Tenochtitlan no se hizo con cuatrocientos cincuenta hombres, sino con más de doscientos mil. El mismo Cortés a quien interesaba más que a Pauw disminuir el número de los conquistadores para representar más grandiosa su hazaña, confiesa el excesivo número de aliados que estaban a sus órdenes en el asedio a la capital y que peleaban con mayor furor contra los mexicanos, que los mismos españoles. Consta en relación que le mandó a Carlos V que el asedio de México se comenzó con ochenta y siete caballos, ochocientos cuarenta y ocho infantes españoles armados de escopetas, ballestas, espadas y lanzas y más de setenta y cinco mil aliados tlaxcaltecas, huexotzincas, cholultecas y chalqueños, armados de varias suertes de armas; con tres grandes cañones de fierro y quince pequeños de bronce y con trece bergantines. En el curso del asedio se agregaron las numerosas naciones de los otomíes, cohuixcas y matlatzincas. Así, el ejército de los sitiadores no sólo excedió de doscientos mil, sino que llegó a doscientos cuarenta mil según la misma carta de Cortés, y, a más de esto, tres mil canoas que vinieron en su auxilio . . . Yo pregunto a Pauw ¿le parece cobardía haber sostenido setenta y cinco días el asedio de una ciudad abierta, peleando diariamente con un ejército tan grande y en parte provisto de armas tan superiores y, sobre todo, luchando contra el hambre y la sed? ¿Merecen el cargo de cobardes los que, después de haber perdido siete de las ocho partes de la ciudad y cerca de ciento cincuenta mil hombres, una parte muertos al filo de la espada y otra de hambre y de enfermedad, continuaron defendiéndose hasta ser furiosamente asaltados y oprimidos en el último rincón que les quedaba? Es cierto lo que dice Pauw que los españoles entraron la primera vez a México sin disparar ni un solo tiro, pero eso no los hace cobardes, como tampoco cobardes son los pueblos civilizados que admiten embajadores de otras naciones sin hacerles ningún disparo, y, ¿Quién no sabe que los españoles fueron entonces admitidos como embajadores del monarca de Oriente? . . . Véase lo que al respecto refieren los historiadores y, sobre todo, el mismo Cortés que acepta haberse fingido embajador del rey católico. Si los mexicanos hubieran querido oponerse, como se opusieron la segunda vez, ¿Cuándo hubieran sido capaces los españoles de entrar con sólo seis mil hombres, habiéndoles sido tan difícil la segunda entrada con más de doscientos mil? Sobre esto el padre Acosta en su Historia Natural y Moral de las Indias ha dicho: "La ayuda de los tlaxcaltecas, por la perpetua enemistad que tenían con los mexicanos, dio a Cortés y a los suyos la victoria y señorío de México, y sin ellos fuera imposible ganarla ni aún sustentarse en la tierra. Quien estima poco a los indios y juzga que con la ventaja que tienen los españoles de sus personas, caballos y armas ofensivas y defensivas, podrían conquistar cualquiera nación de

indios, mucho se engaña". Ahora bien, si a la mortífera artillería se agregan las otras armas superiores, los caballos, los fusiles, los bergantines que mandó construir Cortés con los despojos de los que habían quedado en Veracruz, las espadas, las ballestas, las armaduras, y la mejor disciplina militar de los conquistadores, se verá que no hay razón para censurar a los mexicanos por la violenta destrucción de Tenochtitlan. Imagínese Pauw que los atenienses en la antigüedad hubieran inventado la artillería y otras armas de fuego, y proveídos de ellas con el ejército de Mario hubieran emprendido la conquista de Italia ¿Cree Pauw que no la hubieran conseguido, a pesar del poder de Sila, del valor y disciplina de las tropas romanas, del número de legiones, de la caballería, y de las fortificaciones de sus ciudades? ¿Cuánto terror no hubiera causado en los ánimos de los más valientes centuriones, el horrendo estrépito de la artillería, así como la violencia destructora de las balas, con las cuales se verían desaparecer filas enteras después de cada cañonazo? Con mayor razón aquellas naciones del Nuevo Mundo que no tenían ni las armas, ni la caballería, ni la disciplina, ni las máquinas, ni las fortificaciones de los romanos ¡No, señor Pauw! Los mexicanos no fueron cobardes por haber perdido la batalla final en la gran Tenochtitlan. Por el contrario, allí quedaron perennes testimonios de heroicidad y valentía, de resignación y sufrimiento; de desesperación y de impotencia. Los mexicanos fueron derrotados por una evidente superioridad de armas, pero más que por ello, por una ignota y arcaica profecía, que auguraba: «Por el oriente habrán de venir hombres blancos y barbados que serán los heraldos del dios Quetzalcóatl».

Finalmente y omitiendo otros muchos despropósitos de Pauw contra los americanos, por no fatigar a los presentes, no puedo disimular la atroz injuria que les causa cuando los infama de los vicios de embriaguez y pederastía o sodomía. Es cierto, la embriaguez es un vicio dominante entre los indígenas del Nuevo Mundo; así lo confieso cuando escribí mi Historia Antigua de México, ahí expongo los excesos y asigno la causa; pero también añado que eso no era así en los países de Anáhuac antes de la llegada de los españoles, por el gran rigor con que se castigaba aquel vicio. Consta por testimonio de los que hicieron averiguaciones sobre las costumbres y el gobierno de los mexicanos, que había leyes muy severas contra la embriaguez, así en México, como en Texcoco, Tlaxcala y otros Estados, las cuales he visto representadas en pinturas antiguas. La pintura sexagesimatercera de la Colección Mendoza representa a dos jóvenes de ambos sexos condenados a muerte por haberse embriagado, y juntamente un viejo septuagenario a quien las leyes permiten beber cuanto quiera por consideración a su edad. Pocas naciones se hallarán en el mundo en que haya sido más grande el celo de los soberanos para corregir estos excesos; fray Bernardino de Sahagún en su Historia General de la Nueva España relata cómo los aztecas tenían la ebriedad como «ignominiosa» y mostraban con elegantes y prolijas razones la «villanía del borracho». Tal era su aversión por dicho vicio que el soberano frecuentemente prevenía a su pueblo contra las insidias del vino llamado «octli» y que es la raíz y el principio de todo mal y de toda perdición, porque el vino y la embriaguez son la causa de toda discordia y disensión de todas las revueltas y desasosiego de las familias, de los pueblos y reinos. Eran tan terribles los castigos contra la embriaguez que estaba prevista la muerte a palos destinada